

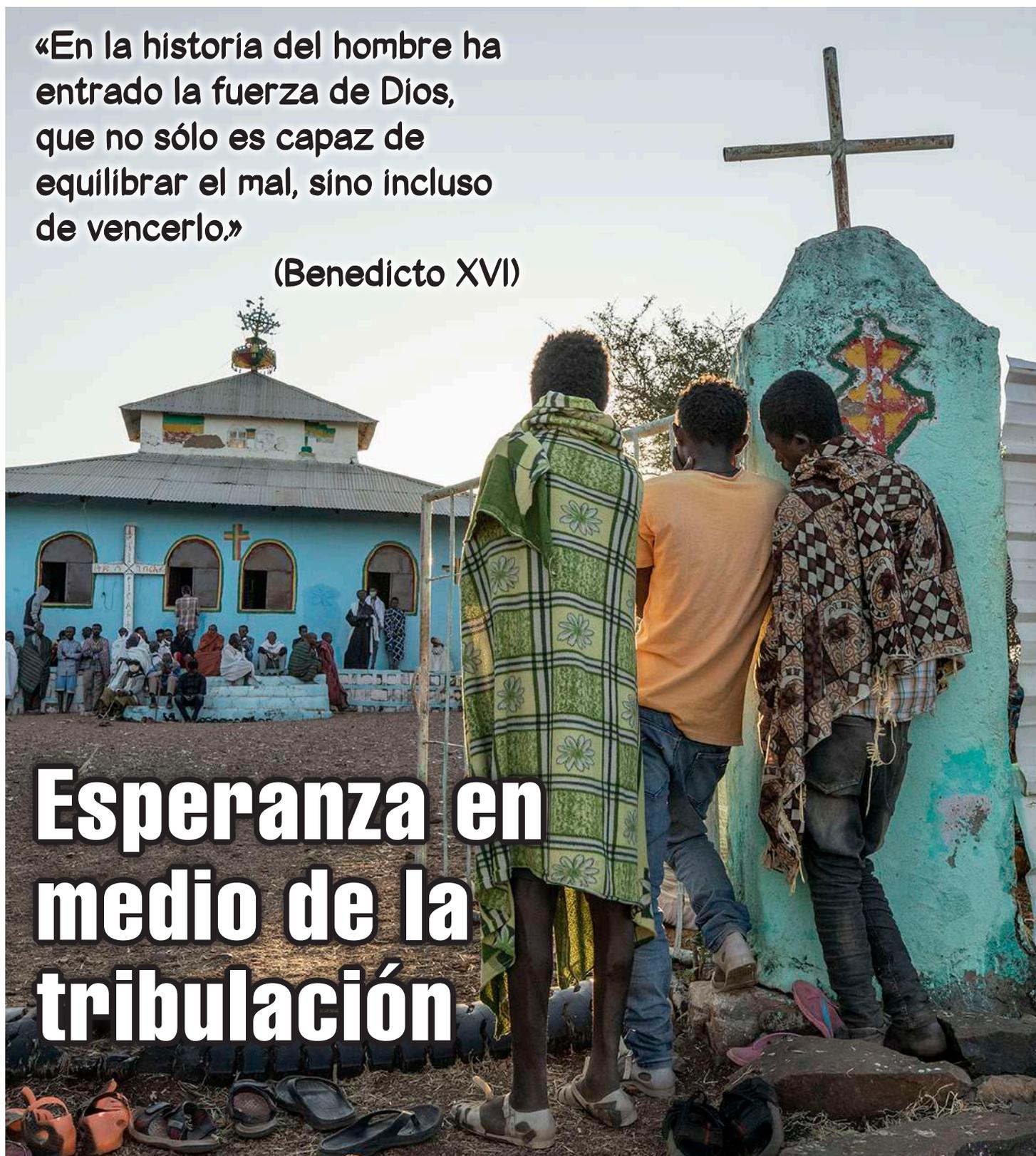
ID Y EVANGELIZAD

Nº131

www.solidaridad.net

«En la historia del hombre ha entrado la fuerza de Dios, que no sólo es capaz de equilibrar el mal, sino incluso de vencerlo.»

(Benedicto XVI)



**Esperanza en
medio de la
tribulación**

Apocalipsis: tribulación y esperanza

Lamentablemente, el término «apocalipsis» es en nuestros días sinónimo de catástrofe, desastre, devastación, cuando su sentido verdadero es revelación, manifestación. Sin embargo, el último libro de la Biblia trata de lo que el Espíritu Santo quiere que la Iglesia conozca para poder interpretar correctamente su ser y su misión en la historia. El Apocalipsis es, sin duda, el primer libro cristiano de teología política; y está lleno de esperanza y combatividad.

El sabio biblista Lucien Cerfaux concluía casi al final de su vida que, después de dos siglos de ensañamiento crítico y «desmitificación» de la Biblia, estamos descubriendo con sorpresa que, posiblemente, el modo más «científico» de leer la Sagrada Escritura es hacerlo con sencillez.

En las páginas que siguen no van a encontrar complicadas disquisiciones exegéticas sobre el libro del Apocalipsis. Tampoco lecturas desquiciadas u oportunistas de la obra que nos ocupa. De hecho, el lenguaje que utiliza este libro sagrado no es tan complicado como nos suelen repetir los que huyen de la lectura sencilla de la que hablábamos; simplemente es un lenguaje simbólico, el necesario para introducirnos en la realidad en sus múltiples dimensiones. En efecto, todo esfuerzo por interpretar la realidad (sea la que sea) de modo fragmentario –separando lo humano de lo divino, la historia de la trascendencia, la libertad de la Gracia– es estéril y es lo que ha posibilitado todas las teologías políticas erróneas que hemos padecido: las que han parido los distintos escapismos e inmanentismos y que son responsables de millones de víctimas inocentes.

La lectura simbólica también nos introduce en otra perspectiva: la línea cronológica real, la que existe verdaderamente, no es la que nos han enseñado en la escuela: pasado-presente-futuro. Sobre todo, no tiene sentido el presentismo en el que nos estamos ahogando. El tiempo, en cristiano (en realidad), es una experiencia anticipada en el hoy de algo que solo será consumado mañana, pero que ilumina todo el devenir histórico desde el más allá.

En este sentido, Castellani explica en su comentario al Apocalipsis que Cristo no se equivocó cuando situó el fin de los tiempos –previo a su segunda venida– en el futuro inmediato de su generación, pues tal fue, efectivamente, para el pueblo judío la destrucción de Jerusalén por los Romanos en el año 70; pero, al mismo tiempo, este hecho es como una puerta que nos permite internarnos en la eternidad y leer por “transparencia trascendente” sucesos situados al final de la historia. Del mismo modo, Ratzinger, hablando de la segunda venida o *parusía*, nos dice que esta ocurrirá –ciertamente– pero que, al mismo tiempo, ya ocurre cada día en la Eucaristía.

Con Ratzinger y con Castellani hemos querido contar en este número para acercarnos al significado esperanzador del Apocalipsis. Él nos advierte de que la hora definitiva y última –donde el Señor viene y triunfa– ya ha comenzado con la Encarnación y con la Pascua de Cristo. Estamos ya en ella y nos exige definición y premura. Con esta actitud te invitamos a entrar en el Apocalipsis. ●

La parusía en medio de nosotros

Benedicto XVI

En 2012, el papa Benedicto XVI dictó sendas catequesis sobre la oración en el Libro del Apocalipsis. Ofrecemos de ellas un extracto al que hemos añadido un breve fragmento de su obra «Escatología» (2007) con el que guardan íntima relación. Con estos textos el papa emérito nos hace ver que el mensaje del Libro del Apocalipsis no sólo nos desvela el futuro, sino también el presente. Porque presente y futuro son categorías que el Señor de la Historia trasciende, pero en cuya síntesis nos permite adentrarnos a través de la oración y, sobre todo, de la eucaristía (la parusía en medio de nosotros) llenándonos de esperanza y de deseo de justicia e invitándonos a la acción transformadora del mundo.

Hoy quiero hablar de la oración en el Libro del Apocalipsis, que, como sabéis, es el último del Nuevo Testamento. Es un libro difícil, pero contiene una gran riqueza. Nos pone en contacto con la oración viva y palpitante de la asamblea cristiana, reunida en «el día del Señor» (Ap 1, 10). Un lector presenta a la asamblea un mensaje encomendado por el Señor al evangelista san Juan. El lector y la asamblea constituyen, por decirlo así, los dos protagonistas del desarrollo del libro; a ellos, desde el inicio, se dirige un augurio festivo: «Bienaventurado el que lee, y los que escuchan las palabras de esta profecía» (Ap. 1, 3).

La Iglesia camina en la historia, es parte de ella según el proyecto de Dios. La asamblea que, escuchando el mensaje de san Juan presentado por el lector, ha redescubierto su propia tarea de colaborar en el desarrollo del reino de Dios como «sacerdotes de Dios y de Cristo» (Ap 20, 6), se abre al mundo de los hombres. Y aquí emergen dos modos de vivir en relación dialéctica entre sí: el primero lo podríamos definir el «sistema de Cristo», al que la asamblea se siente feliz de pertenecer; y el segundo es el «sistema terrestre anti-Reino y anti-alianza puesto en práctica por influjo del Maligno», el cual, engañando a los hombres, quiere realizar un mundo opuesto al querido por Cristo y por Dios. Así pues, la asamblea debe saber leer en profundidad la historia que está viviendo, aprendiendo a discernir con la fe los acontecimientos, para colaborar, con su acción, al desarrollo del reino de Dios. Esta obra de lectura y de discernimiento, como también de acción, está vinculada a la oración.

Ante todo, después del insistente llamamiento de Cristo que, en la primera parte del Apocalipsis, dice siete veces: «El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a la Iglesia» (Ap 2, 7-11), se invita a la asamblea a subir al cielo para contemplar la realidad con los ojos de Dios; y aquí encontramos tres símbolos, puntos de referencia de los cuales partir para leer la historia: el trono de Dios, el Cordero y el libro (Ap 4, 1 -5, 14).

El primer símbolo es el trono, sobre el cual está sentado un personaje que san Juan no describe, porque supera todo tipo de representación humana; sólo puede hacer referencia al sentido de belleza y alegría que experimenta al estar delante de él. Este personaje misterioso es Dios, Dios omnipotente que no permaneció cerrado en su cielo, sino que se hizo cercano al hombre, estableciendo una alianza con él; Dios que, de modo misterioso pero real, hace sentir su voz en la historia bajo la simbología de los relámpagos y los truenos. Hay varios elementos que aparecen alrededor del trono de Dios, como los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes, que alaban incesantemente al único Señor de la historia.

El segundo es el libro, que contiene el plan de Dios sobre los acontecimientos y sobre los hombres; está cerrado herméticamente con siete sellos y nadie puede leerlo. Ante esta incapacidad del hombre de escrutar el proyecto de Dios, san Juan siente una profunda tristeza que lo hace llorar. Pero existe un remedio para el extravío del hombre ante el misterio de la historia: alguien es capaz de abrir el libro e iluminarlo.

Aparece aquí el tercer símbolo: Cristo, el Cordero inmolado en el sacrificio de la cruz, pero que está de pie, signo de su Resurrección. Y es precisamente el Cordero, el Cristo muerto y resucitado, quien progresivamente abre los sellos y revela el plan de Dios, el sentido profundo de la historia.

¿Qué dicen estos símbolos? Nos recuerdan cuál es el camino para saber leer los hechos de la historia

y de nuestra vida misma. Levantando la mirada al cielo de Dios, en la relación constante con Cristo, y abriéndole a él nuestro corazón y nuestra mente en la oración personal y comunitaria, aprendemos a ver las cosas de un modo nuevo y a captar su sentido más auténtico. La oración es como una ventana abierta que nos permite mantener la mirada dirigida hacia Dios, no sólo para recordarnos la meta hacia la que nos dirigimos, sino también para permitir que la voluntad de Dios ilumine nuestro camino terreno y nos ayude a vivirlo con intensidad y compromiso.

¿De qué modo el Señor guía a la comunidad cristiana a una lectura más profunda de la historia? Ante todo invitándola a considerar con realismo el presente que estamos viviendo. Entonces el Cordero abre los cuatro primeros sellos del libro y la Iglesia ve el mundo en el que está insertada, un mundo en el que hay varios elementos negativos. Están los males que realiza el hombre, como la violencia, que nace del deseo de poseer, de prevalecer los unos sobre los otros, hasta el punto de llegar a matarse (segundo sello); o la injusticia, porque los hombres no respetan las leyes que se han escogido (tercer sello). A estos se suman los males que el hombre debe sufrir, como la muerte, el hambre, la enfermedad (cuarto sello). Ante estas realidades, a menudo dramáticas,

la comunidad eclesial está invitada a no perder nunca la esperanza, a creer firmemente que la aparente omnipotencia del Maligno se enfrenta a la verdadera omnipotencia, que es la de Dios. Y el primer sello que abre el Cordero contiene precisamente este mensaje. Narra san Juan: «Y vi un caballo blanco; el jinete tenía un arco, se le dio la corona y salió como vencedor y para vencer otra vez» (Ap 6, 2). En la historia del hombre ha entrado la fuerza de Dios, que no sólo es capaz de equilibrar el mal, sino incluso de vencerlo. El color blanco hace referencia a la Resurrección: Dios se hizo tan cercano que bajó a la oscuridad de la muerte para iluminarla con el esplendor de su vida divina; tomó sobre sí el mal del mundo para purificarlo con el fuego de su amor.

¿Cómo crecer en esta lectura cristiana de la realidad? El Apocalipsis nos dice que la oración alimenta en cada uno de nosotros y en nuestras comunidades esta visión de luz y de profunda esperanza: nos invita a no dejarnos vencer por el mal, sino a vencer el mal con el bien, a mirar a Cristo crucificado y resucitado que nos asocia a su victoria. La Iglesia vive en la historia, no se cierra en sí misma, sino que afronta con valentía su camino en medio de dificultades y sufrimientos, afirmando con fuerza que el mal, en definitiva, no vence al bien, la oscuridad no ofusca



En la imagen, los fieles comulgan a través de la reja del patio en la Iglesia de Santa Lucía (Ciudad Darío, Nicaragua) cerrada por el gobierno (16 de agosto de 2022).

La Iglesia vive en la historia, no se cierra en sí misma, sino que afronta con valentía su camino en medio de dificultades y sufrimientos, afirmando con fuerza que el mal, en definitiva, no vence al bien

el esplendor de Dios. Este es un punto importante para nosotros; como cristianos nunca podemos ser pesimistas; sabemos bien que en el camino de nuestra vida encontramos a menudo violencia, mentira, odio, persecuciones, pero esto no nos desalienta. La oración, sobre todo, nos educa a ver los signos de Dios, su presencia y acción; es más, a ser nosotros mismos luces de bien que difundan esperanza e indiquen que la victoria es de Dios.

Esta perspectiva lleva a elevar a Dios y al Cordero la acción de gracias y la alabanza: los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes cantan juntos el «cántico nuevo» que celebra la obra de Cristo Cordero, el cual hará «nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). Pero esta renovación es, ante todo, un don que se ha de pedir. Aquí encontramos otro elemento que debe caracterizar la oración: invocar con insistencia al Señor para que venga su Reino, para que el hombre tenga un corazón dócil al señorío de Dios, para que sea su voluntad la que oriente nuestra vida y la del mundo. En la visión del Apocalipsis esta oración de petición está representada por un detalle importante: «los veinticuatro ancianos» y «los cuatro seres vivientes» tienen en la mano, junto a la cítara que acompaña su canto, «copas de oro llenas de perfume» (Ap 5, 8a) que, como se explica, «son las oraciones de los santos» (Ap 5, 8b), es decir, de aquellos que ya han llegado a Dios, pero también de todos nosotros que nos encontramos en camino. Y vemos que un ángel, delante del trono de Dios, tiene en la mano un incensario de oro en el que pone continuamente los granos de incienso, es decir nuestras oraciones, cuyo suave olor se ofrece juntamente con las oraciones que suben hasta Dios (Ap 8, 1-4). Es un simbolismo que nos indica cómo todas nuestras oraciones —con todos sus límites, el cansancio, la pobreza, la aridez, las imperfecciones que podemos tener— son casi purificadas y llegan al corazón de Dios. Debemos estar seguros de que no existen oraciones superfluas, inútiles; ninguna se pierde. Las oraciones encuentran respuesta, aunque a veces misteriosa, porque Dios es Amor y Misericordia infinita. El ángel —escribe san Juan—

«tomó el incensario, lo llenó del fuego del altar y lo arrojó a la tierra: hubo truenos, voces, relámpagos y un terremoto» (Ap 8, 5). Esta imagen significa que Dios no es insensible a nuestras súplicas, interviene y hace sentir su poder y su voz sobre la tierra, hace temblar y destruye el sistema del Maligno. Ante el mal a menudo se tiene la sensación de no poder hacer nada, pero precisamente nuestra oración es la respuesta primera y más eficaz que podemos dar y que hace más fuerte nuestro esfuerzo cotidiano por difundir el bien. El poder de Dios hace fecunda nuestra debilidad (cf. Rm 8, 26-27).

[En el] diálogo final (Ap 22, 6-21), Jesús repite varias veces: «Mira, yo vengo pronto». Esta afirmación no solo indica la perspectiva futura al final de los tiempos, sino también la presente: Jesús viene, pone su morada en quien cree en él y lo acoge. La asamblea, entonces, guiada por el Espíritu Santo, repite a Jesús la invitación urgente a estar cada vez más cerca: «¡Ven!». Es como la «esposa» que aspira ardientemente a la plenitud del matrimonio. Por tercera vez aparece la invocación: «Amén. ¡Ven, Señor Jesús!»; y el lector concluye con una expresión que manifiesta el sentido de esta presencia: «La gracia del Señor Jesús esté con todos».

El Apocalipsis, a pesar de la complejidad de los símbolos, nos implica en una oración muy rica, por la cual también nosotros escuchamos, alabamos, damos gracias, contemplamos al Señor y le pedimos perdón. La riqueza de la oración en el Apocalipsis nos hace pensar en un diamante, que tiene una serie fascinante de tallas, pero cuya belleza reside en la pureza del único núcleo central. Las sugestivas formas de oración que encontramos en el Apocalipsis hacen brillar la belleza única e indecible de Jesucristo.

Su estructura de gran oración litúrgica comunitaria es también una importante llamada a redescubrir la fuerza extraordinaria y transformadora de la Eucaristía. Quiero invitar con fuerza, de manera especial, a ser fieles a la santa misa dominical en el día del Señor, el Domingo, verdadero centro de la semana.

La liturgia, es parusía, acontecimiento de parusía en medio de nosotros. También se ve, por otra parte, que esta Iglesia, que en la liturgia parece mirar totalmente hacia el interior, avanza, en definitiva,

Historia



La Inquisición española: mito y realidad

Carmelo Mármol

Los mitos son una alteración de la realidad. El mito de la inquisición española es un claro ejemplo de ello. El autor, militante del Movimiento Cultural Cristiano, nos presenta en estas páginas cómo con una parte de la verdad se levantó una gran mentira. Desde el siglo XVI el uso de una campaña de propaganda de desprestigio ha llegado hasta nuestros días, a pesar de existir una amplia y exhaustiva documentación que cuestiona esa falsa historia.

Generalmente, la visión que tenemos sobre lo que fue la Inquisición es en gran parte fruto de la propaganda luterana y de la hispanofobia en general. Una leyenda negra creada y usada como arma política de los países europeos contra el Imperio español y la Iglesia católica, en una época donde sus territorios ocupaban gran parte del mundo. El Imperio español era visto como una amenaza y las guerras de religión con la reforma protestante estaban en su auge. Ante ello, uno de los medios para combatir al imperio fue la creación de una gran propaganda de desprestigio. Con una parte de la verdad se levantó una gran mentira.

La propaganda se convirtió en mito y pasó a la Ilustración, después al romanticismo y al liberalismo, llegando hasta nuestros días (basta indagar en cualquier buscador de internet). No solo historiadores, sino también novelistas, pintores y guionistas de cine, han recreado escenas de brutalidad inquisitorial.

Sin embargo, la exigente estructura burocrática de la Inquisición española, donde todos los pasos eran registrados en actas, nos ha permitido conservar una ingente y exhaustiva documentación histórica sobre su actuación y ayudar a desmitificar esa falsificación de la historia.

Nacimiento de la Inquisición

La Inquisición (de «inquirir», buscar) nació en 1184 en el Languedoc (Francia) para reprimir la herejía de los cátaros que alcanzó amplias capas populares de la Provenza y cuya erradicación exigió una «cruzada». El decreto de Gregorio IX, confirió a los obispos el deber y el derecho de investigar la herejía y de entregar a los culpables al brazo secular para que los castigase. Según Le Goff, historiador medievalista y escritor francés, la nobleza de la Francia meridional, mediante propaganda o coacción, contribuyó a la extensión de la herejía al pueblo: «La nobleza ansiaba rebelarse contra la Iglesia, porque

aumentaba los casos de imposibilidad de matrimonio por consanguinidad, provocando la consiguiente subdivisión de los dominios territoriales de la aristocracia». Es decir, los nobles querían casarse en familia para no desprenderse de sus bienes y en la Iglesia católica encontraban un obstáculo para conseguir su objetivo.

En el caso de España, la Inquisición fue fundada para abordar la crisis social relacionada con los nuevos cristianos, antiguos judíos y musulmanes, para descubrir las falsas conversiones y evitar los estallidos de violencia popular incontrolada contra ellos, ofreciéndoles un proceso justo.

El mito

El mito de la Inquisición surge durante el siglo XVI, en el marco de la política internacional de la época, dominada por la guerra. En la batalla de Mühlberg, en 1547, las tropas de Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico se imponen a la liga de príncipes y ciudades protestantes del Sacro Imperio. Ante este hecho, hubo una campaña intensa para convencer de que los españoles pretendían imponer la «sanguinaria inquisición».

También participaron del mito los propagandistas ingleses y holandeses, coincidiendo con las contiendas que sostuvieron con España, interesados en conformar una imagen de España como nación de fanáticos intolerantes. Dibujaban a los tribunales inquisitoriales como carentes de cualquier sentido de humanidad ni de justicia, unos tribunales que enviaban a la tortura y muerte a miles de personas inocentes con el único fin de imponer la doctrina católica que se profesaba en el Imperio español. Efectivamente se dieron abusos, pero no en la forma y cantidad que nos ha llegado.

La lucha contra el hereje

Para el hombre y la sociedad medieval, preocupada por la salvación eterna, el hereje es percibido como un peligro y una amenaza, es el enemigo de la salvación del alma, la persona que atrae el cas-

tigo divino sobre la comunidad. Por tanto, el pueblo lo debe combatir con todos los medios mostrándose en la mayoría de las ocasiones intolerante con el tribunal, no porque fuera opresivo sino porque lo consideraban demasiado condescendiente con los herejes.

Por ello, uno de los cometidos principales de la Inquisición fue intentar evitar linchamientos y atropellos indiscriminados, y someter el delito de herejía a una justicia reglamentada. En caso de agitaciones, el inquisidor se presentaba en el lugar, seguido por los miembros de su tribunal y, con frecuencia, por una cuadrilla de sus guardias para restablecer el orden en unas multitudes dispuestas a ejecutar a los sospechosos de herejía sin un proceso.

Los inquisidores se preocuparon más de que los acusados se arrepintiesen que de condenarlos. Por tanto, un «auto de fe» no suponía la muerte deliberada por tortura



«El mito de la Inquisición surge durante el siglo XVI en el marco de la política internacional de la época, dominada por la guerra». En la imagen, grabado protestante que muestra al Duque de Alba –vencedor de la Batalla de Mühlberg– comiéndose a un niño. Xilografía de Frans Hogenberg, 1572

o en la hoguera, consistía en que personas condenadas por diversos pecados se presentaban en la plaza de una ciudad, reconocían públicamente su culpa y, de esa manera, se reconciliaban con la Iglesia. El arrepentimiento del acusado transformaba la condena de muerte en cárcel, multas y otras penas que no comprometían la vida. El auto de fe solo en escasas ocasiones terminaba con la entrega del acusado a la autoridad civil para que esta lo ejecutase (la Inquisición nunca llevó a cabo por sí misma una ejecución).

Las torturas

Todos los tribunales de Europa utilizaron la tortura pues eran métodos habituales en aquellos tiempos. Sin embargo, en el Santo Oficio dicha práctica apenas se empleó en el 1 o 2 por ciento de los casos que se investigaban, según datos de Thomas Madden, profesor de la Universidad de Saint Louis. La legislación eclesiástica limitaba la tortura a una sesión que no durase más de quince minutos, no podía poner en peligro la vida del reo ni provocar mutilaciones y se hacía siempre en presencia del médico. No podían encarcelar a nadie sin pruebas

evidentes, se necesitaban por lo menos siete testigos juramentados ante notario y no se admitían las denuncias anónimas. El reo tenía derecho a presentar cuantos testigos quisiese.

Estas precauciones no existían en los tribunales civiles de ningún país europeo. En Inglaterra, una persona podía ser torturada o ejecutada por dañar unos jardines públicos, y en el Sacro Imperio las torturas podían llevar a perder los ojos. En Francia era admisible desollar a los condenados.

El profesor Haliczzer, de la Universidad de Illinois, subraya que las cárceles de la Inquisición eran muy benévolas en comparación con las civiles. En los casos que revisó, aparecen reos que blasfeman con el único propósito de ser trasladados a las cárceles inquisitoriales por su mejor trato.

Los datos

Los estudios de Henningsen y Contreras sobre las 44.674 causas abiertas por la Inquisición entre 1540 y



Grabado de Theodor de Bry (1528-1598) ilustrando una versión de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de Bartolomé de las Casas. Afincado en Frankfurt, fue un pseudo historiador del descubrimiento de América (donde nunca estuvo). Sus grabados fueron reproducidos insistentemente por holandeses e ingleses.

1700 dan una cifra de 1346 personas condenadas a muerte por el Santo Oficio, menos de diez sentencias de muerte por año en toda España. Tengamos presente que durante un solo siglo (1530-1630), el promedio de ahorcados en Inglaterra fue de 750 al año, en muchos casos por robos menores. Tan solo las persecuciones a herejes católicos en la Inglaterra isabelina provocaron casi 1.000 muertos. En cambio, según E. Schafer, el número de protestantes condenados por la Inquisición española entre 1520 y 1820 fue de 220. De ellos, doce fueron entregados a la autoridad civil y llevados a la hoguera.

Las Brujas

Las cazas de brujas alcanzaron su punto culminante durante la Ilustración. Hennigsen calcula que en la Edad Moderna fueron quemadas aproximadamente unas 50.000 brujas: la mitad en territorios alemanes; 4.000 en Suiza; 1.500 en Inglaterra; 4.000 en Francia... Estos mismos miedos e impulsos se manifestaron también entre la población española, pero la Inquisición utilizó su poder e influencia para intentar suprimir las cazas de brujas promovidas por el pueblo o por las autoridades civiles. En cuanto a los datos de víctimas del Santo Oficio, gracias a la información facilitada por los archivos, dedujeron que la mayoría de los acusados de utilizar la magia eran sinceros católicos que no pretendían perjudicar a nadie y que no habían sido conscientes de haber invocado a los demonios. De ahí que la Inquisición española apenas condenase a morir en la hoguera (27), y que las personas que sufrieron ese castigo habían sido condenadas tres o cuatro veces. Además, para que fuese aplicado este castigo, el delito debía venir acompañado de otros más sustantivos.

Libros y ciencia

Es verdad que la Inquisición ordenó la quema de algunos libros. Muchos de ellos contenían herejías ideológicas –por ejemplo, doctrinas luteranas–, pero entre los libros quemados hubo muy pocos de carácter científico. Los españoles nunca incluyeron las obras de Galileo en su lista de libros prohibidos. Entre la mayoría de los libros que ordenaron quemar, fueron los considerados pornográficos donde los impresores encontraban un mercado clandestino de literatura obscena.

Así mismo, Galileo (católico devoto) no fue quemado en la hoguera por la Inquisición, como piensan muchos, ni fue torturado, ni estuvo en prisión por sostener acertadamente el sistema heliocéntrico. Su condena fue rezar sesenta veces los salmos penitenciales bajo arresto domiciliario, pena que pasó en Villa Médici, de allí marchó a Siena al palacio del Arzobispo para, a continuación, pasar los últimos años de su vida en su propia casa donde murió de muerte natural.

Discernir y buscar la verdad

Muchos escritores recientes continúan difundiendo estos mitos, a pesar de ser plenamente conscientes de la documentación histórica que los cuestionan. Como nos recuerda el que fue Arzobispo de Bolonia, Cardenal Giacomo Biffi, en el prólogo del libro *leyendas negras de la Iglesia*: «Hay que averiguar la verdad, salvarla de las alteraciones, proclamarla y honrarla[...]También hay que decir que las falsedades, las manipulaciones y los errores deben ser desenmascarados y condenados...»

Con todo, la Iglesia se ha hecho responsable de los abusos realmente cometidos. El Papa San Juan Pablo II pidió perdón «por los errores cometidos en el servicio de la verdad usando métodos que no tienen nada que ver con el Evangelio»: «Señor, Dios de todos los hombres, en algunas épocas de la historia los cristianos a veces han transigido con métodos de intolerancia y no han seguido el gran mandamiento del amor, desfigurando así el rostro de la Iglesia, tu Esposa. Ten misericordia de tus hijos pecadores y acepta nuestro propósito de buscar y promover la verdad en la dulzura de la caridad, conscientes de que la verdad solo se impone con la fuerza de la verdad misma». (Oración de Perdón del Papa, Año Jubilar 2000)

Hoy ya no existe la Inquisición, pero sí vivimos en el Estado moderno bajo el modelo capitalista, sea liberal, sea de Estado. Este sistema económico y político está permitiendo que el 50% de la población posea tan solo el 2% de la riqueza mundial. Nadie puede entender que con nuestra capacidad tecnológica sigamos condenando a millones de personas a seguir sufriendo la «horrible tortura» del hambre (85% de la población mundial), de la esclavitud infantil, de la trata de personas y de la explotación laboral. La condena a subsistir con trabajos forzados e inhumanos, viendo pisoteada su dignidad y sus derechos; a morir como víctimas de guerras, abortos, comercio de órganos o enfermedades perfectamente curables; a vivir en campos de refugiados... y un largo etcétera de injusticias. El papa pidió perdón, ¿nos pedirán cuentas las generaciones futuras por lo que estamos permitiendo nosotros?

¿Acaso no podemos combatir todos estos atentados a la vida? Estamos convencidos de que sí es posible; hemos de ser responsables de toda la humanidad, no podemos quedarnos indiferentes ante el dolor de tantos hermanos. Sirva el presente artículo como un pequeño grano de arena que colabore a esa búsqueda de la verdad y del conocimiento justo de la historia. También para que sigamos trabajando por un mundo más solidario donde no existan más víctimas inocentes y para que nadie quede excluido de la mesa común.●



Expulsiones: 12 de marzo de 2022, expulsión del nuncio apostólico, sin precedentes en la diplomacia internacional; 7 de julio, expulsión de las Misioneras de la Caridad de Santa Teresa de Calcuta; 20 de septiembre, expulsión de las religiosas de La Cruz del Sagrado Corazón de Jesús

Detenciones: 19 de agosto de 2002, monseñor Rolando, obispo de Matagalpa, junto a 5 sacerdotes

Nicaragua: cuando un Estado criminal muestra su rostro de salvaje iniquidad, la Iglesia está con y entre sus víctimas

Malos tratos y torturas: evidencias de malos tratos, condiciones inhumanas de detención y torturas. Entre las víctimas, sacerdotes, diáconos, religiosas y laicos

Desapariciones forzadas y asesinatos: desde abril de 2002 más de 300 opositores han sido asesinados, cientos detenidos y desaparecidos



Reivindicación de la militancia

Mons. Luis Argüello

Desarrollando algunas de las potentes imágenes del papa Francisco –la cultura del encuentro, la Iglesia como hospital de campaña y la Iglesia en salida–, Mons. Luis Argüello, obispo de Valladolid y secretario de la Conferencia Episcopal Española, considera imprescindible constatar la existencia de una guerra cultural y reivindicar la necesidad de la militancia. No se trata de una guerra por el poder –de una añoranza de la Cristiandad–, aclara, sino de un combate espiritual contra las estructuras de pecado que implanta el sistema capitalista de la globalización. Esta guerra requiere verdad, justicia y perdón, armas forjadas en la misericordia de Dios y en la vida en común en el seno de la Iglesia. Ofrecemos un extracto de su intervención en el diálogo mantenido en junio de 2022 con Massimo Borghesi, en la presentación de su libro «El desafío de Francisco».

El vértigo del cambio de época y la tentación de la alianza con el poder.

En *Gaudium et spes* se nos habla de que estamos viviendo una época de cambios vertiginosos que piden nuevos análisis y nuevas síntesis. ¿Qué está cambiando? ¿Qué queremos decir con eso que el Concilio decía y ahora el papa Francisco afirma como «un cambio de época»?

Está produciéndose un nuevo paso en la relación entre naturaleza y gracia. Relación que se vive de una determinada manera en la Carta a los Romanos, que se vive de una determinada manera en otro giro histórico en tiempos de Agustín de Hipona, que se escribe de otra determinada manera en una época –el siglo XIII– en que Francisco y Domingo hacen su propia aportación; un nuevo giro en el siglo XVI con Lutero... Ahora aparece una nueva relación naturaleza y gracia que en nuestra época es sobre todo una nueva manera de leer libertad y gracia. ¿Es algo separado? ¿Es algo que se fusiona? ¿O la gracia tiene la posibilidad de transformar la naturaleza, de liberar la libertad, de hacer posible que se encarne una novedad?

Otro gran cambio es la manera de entender la relación entre la Iglesia y la sociedad en la que esta se inserta. La Iglesia en la Cristiandad, en Occidente, ha

llegado a determinados pactos con el poder (para bien y para mal –porque hablamos de un periodo de muchos siglos–). De alguna manera, hemos confiado más en el poder (poderes económicos, políticos, culturales, mediáticos) que en la gracia. Ahora hay que dialogar nuevamente esta relación y eso produce vértigo. El surgimiento del progresismo cultural (1968), la caída del muro de Berlín (1989), las Torres Gemelas (2011)... Una transición –que, además, nos hace experimentar una gran sensación de fragilidad eclesial–, que produce diversas reacciones. Una de ellas es querer volver a una alianza con el poder, que el poder sea el *katejon* que nos defiende. Es una cuestión que se vive hoy en el debate de la Unión Europea y sus raíces cristianas, en la forma de organizarse Polonia, Hungría y los países de Visegrado, en el surgimiento en nuestra propia patria de realidades políticas nuevas que reivin-

dican ser defensoras de los «valores innegociables». Nuestro momento es un momento de incertidumbre y de miedo y es cierto que la incertidumbre y el miedo provocan reacciones conservadoras.

La cultura del encuentro requiere del combate

Tengo la impresión de que una de las lagunas de la Iglesia de los últimos cincuenta años ha sido el dejar de predicar la vida eterna. Con lo que tiene la vida eterna de capacidad de innovar la vida histórica, de ayudarnos a situarla con esperanza, para ser militantes. Una de las cosas que voy a reivindicar en este diálogo –pues parece que la contraposición es entre las guerras culturales y la cultura del encuentro–, es que haríamos muy mal a la cultura del encuentro, si la cultura del encuentro supusiera que desapareciera la vida militante, como espiritualidad propia de los que peregrinamos en el tiempo.

Me parece que este es el gran desafío: superar la *forma mentis* de la modernidad que está marcada por la dialéctica de los contrarios y avanzar y descubrir en lo que pudiera ser un pensamiento trinitario. Me gusta llamar un pensamiento trinitario a lo que descubro en el Papa Francisco cuando habla de un pensamiento de encuentro de las polarizaciones; o lo que diría Alberto Metol Ferré: «descubrir en el ene-

migo lo que hay de amigo»; descubrir en el enemigo lo que está aportando que, de alguna forma, despierta un punto de encuentro.

No podemos leer el anuncio del *kerygma* y la fe y propuesta ética con la *forma mentis* de la dialéctica de los contrarios. Porque, entre otras cosas, en el capítulo IV de *Evangelii gaudium* (EG) Francisco desarrolla lo que llama la dimensión social del *kerygma*. No se refiere solo a la distinción entre moral personal y moral social, que es una distinción por superar. El *kerygma* para Francisco es trinitario. No solo anuncia que Jesucristo es el vencedor del pecado y de la muerte, sino que anuncia que Dios, que es Creador y Padre, te ama y derrama sobre ti la fuerza del Espíritu Santo para que puedas vivir una vida nueva.

Desde mi punto de vista, *Evangelii gaudium* y *Gaudete et exsultate* (GE) son el eje del pontificado.

**La vida es un combate espiritual;
y en ese combate espiritual hay un
enemigo, que es el demonio, que
toma formas corporativas en las
estructuras de pecado de este mundo.**

En GE lo que presenta es la vida en el Espíritu, la vida de la santidad; al mismo tiempo plantea una vida a contracorriente desde dos referencias que son lo que él llama el «gran protocolo» de la vida a contracorriente –que son las bienaventuranzas y Mateo 25– que hablan, en definitiva, del compromiso.

Estoy completamente de acuerdo en la prioridad del anuncio del *Kerygma*. Por eso el papa Francisco dice que el *kerygma* no solo es anuncio primero, sino que es primordial y, por eso, atraviesa toda la vida de la Iglesia. Pero ese *Kerygma* –que es trinitario– tiene inevitablemente, si se acoge, consecuencias de vida buena. Por eso, en el desarrollo que hace el Papa del capítulo 4 de EG escribe *Laudato si* (LS) y escribe *Fratelli Tutti* (FT). Y en el propio capítulo 4 hace referencia al aborto y a la cuestión antropológica. Es decir que, en lo que él llama la dimensión social del *Kerygma*, están la comprensión de la persona, la comprensión de la familia, la comprensión de la economía y de la política y la comprensión de la tierra vivida como un hogar.

En ese sentido, en GE se apunta algo que el papa Francisco plantea siempre y que me hace defender mi condición «guerrera» o militante, y es que la vida es un combate espiritual; y en ese combate espiritual hay



un enemigo, que es el demonio, que toma formas corporativas en las estructuras de pecado de este mundo.

El problema de los teocon es que plantean la guerra cultural solo como una guerra ideológica y neognóstica. Pero el planteamiento de nuestra guerra cultural, de nuestra vida militante, es que reconocemos el combate espiritual del que habla la carta a los Efesios en el capítulo 6 y reconocemos que es necesario un combate para cambiar el sistema capitalista de la globalización que, además, es el que genera la antropología que luego los neocon quieren combatir, haciendo algo que a uno le deja perplejo. Novak (uno de los teóricos del mundo teocon) dice que el capitalismo necesita el egoísmo para funcionar –¡y es un católico!– y produce unas «consecuencias no queridas». Pero hay una mano invisible (diría Adam Smith) que hace que la lucha de los negativos (de los egoísmos) produzca un positivo de bien común. No cae en la cuenta de las otras consecuencias no queridas del capitalismo, que es la economía del descarte, que es la exclusión y que es la antropología individualista que el capitalismo, desde el siglo XVII, desde los escritos de John Locke, ya plantea. Plantea John Locke que para que el mercantilismo –que era lo propio de la época–, pudiera ponerse en marcha y funcionar hacía falta quitar las barreras morales que la familia tradicional suponía.

Por tanto, creo que lucha de transformación o contra el capitalismo, lucha en favor de una comprensión de la familia mal llamada tradicional y lucha por la comprensión de la persona no reducida a individuo son convergentes. Moral personal y moral social no se pueden separar. Pero es evidente que esta propuesta moral o de vida nueva solo sucede si anuncias a Jesucristo, porque en Jesucristo como dice el número 22 de GE, es donde se muestra al hombre lo que significa ser hombre y sin antropología no hay propuesta moral, porque la propuesta moral, tanto la moral personal como la moral social, tienen un fundamento: que es la verdad de lo humano.

Si hay hospital de campaña es porque hay campaña

Hospital de campaña es una imagen que presupone que hay campaña, es decir que hay una situación donde se producen heridos, presupone decir que hay guerra. En este momento en el mundo hay 86 conflictos abiertos. Esta es una dimensión de la guerra. Otra tiene que ver con el combate espiritual del que hemos hablado. Y hay otra dimensión de la guerra. Chantal Delsol habla en su último libro del fin de la Cristiandad. Plantea que en este gran cambio dos

La misericordia pide anuncio de la verdad y por tanto denuncia de las mentiras; pide lucha por la justicia, y por tanto denuncia de las injusticias; y todo eso está abrazado por el perdón, la ternura y la cultura del encuentro.

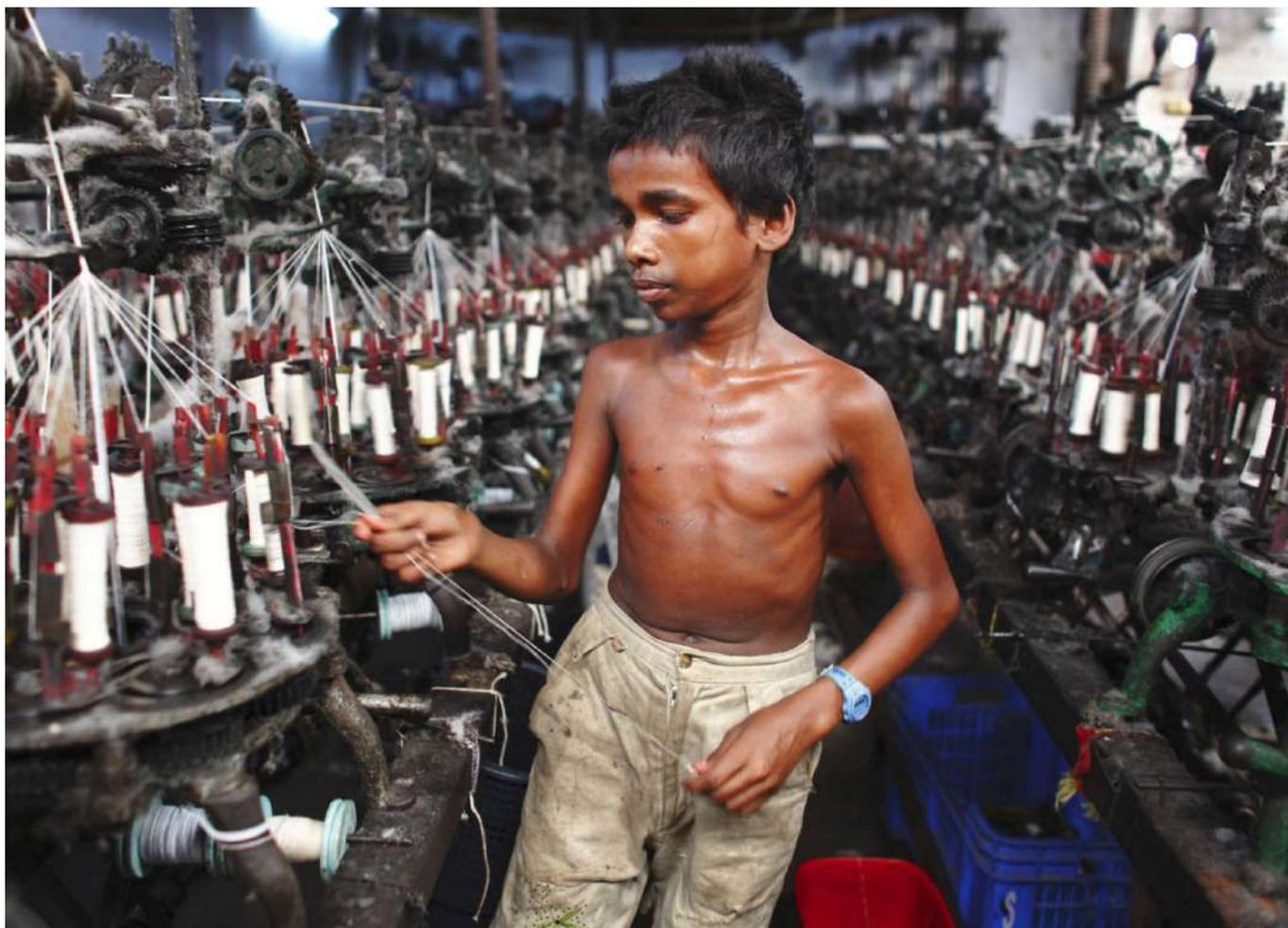
cosas producen mucha incertidumbre: una inversión normativa –o el cambio de sentido moral común– y, además, una transformación de la ontología, de la comprensión de la realidad. Traduzco esto, volviendo a las guerras culturales, no como guerras gnósticas, sino como combate espiritual y como guerras contra las estructuras de pecado.

Las guerras te las hacen. No solamente desde la Iglesia se plantea –como una forma de estar– una alternativa cultural que pueda ser leída como una guerra, sino que la mayor parte de las veces experimentamos que la guerra nos la hacen, con un tipo de propuestas de inversión normativa –que hemos de asumir desde la salida de la cristiandad–. Propuestas que surgen de una comprensión distinta de la persona, de la vida buena y del bien común. Los neocompiensan que esta guerra cultural la encabeza el marxismo cultural y yo creo que esto es un gran error. No es marxismo cultural, aunque haya herencias en el progresista post-sesentayochista. Porque fundamentalmente la guerra cultural la hace el capitalismo. Ayer mismo, una serie de movimientos feministas radicales pedían al dueño de metaverso que diera seis mil millones de dólares para poder impulsar la propuesta antropológica, la propuesta de modelos de familias, la propuesta cultural que el capitalismo tiene interés en promover.

Hay hospital de campaña porque hay campaña. ¿Quiénes vienen al hospital de campaña? Heridos, personas que tienen heridas en el corazón por adicciones, por soledad, por vivir la vida sin esperanza, por la quiebra de la vida familiar.

Una Iglesia en salida con la verdad, la justicia y el perdón

¿Cómo hacer un tipo de respuesta desde el hospital de campaña que no sea afirmar el poder, que no sea un tipo de guerra que responda a las categorías de no confiar en la Gracia, sino de confiar en el Poder? Hay un estilo nuevo. El domingo se canonizó a Carlos de Foucauld, que es un estilo nuevo. No es un estilo de



«No cae en la cuenta de las otras consecuencias no queridas del capitalismo, que es la economía del descarte, que es la exclusión». En la imagen, esclavitud infantil en una fábrica de textiles en Bangladesh (2020). Fotografía: GMB Akash.

lucha de poderes. El hospital de campaña es también hogar donde la comunidad se reúne. Entiendo mucho de lo que propone Dreyer en *La opción benedictina*: para poder ser hospital de campaña y poder salir del hospital de campaña a acoger heridos, a proclamar la verdad, a ejercer la misericordia, hace falta haber cultivado una vida cristiana en comunidad. La necesidad de una vida cristiana comunitaria, que sea hospitalaria y que al mismo tiempo salga, sea Iglesia en salida, y saliendo anuncie la misericordia. La misericordia no es lástima, ni es compasión.

En el Antiguo y en el Nuevo Testamento, la palabra misericordia –Juan Pablo II lo estudia muy bien en *Dives in Misericordia*– se expresa con los términos *hesed* y *rahamim*. La palabra misericordia solo se emplea cuando dice que se le conmovieron las entrañas cuando vio que estaban despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor; se le conmovieron las entrañas cuando vio al hijo de la viuda; se le conmovieron las entrañas en la parábola del buen samaritano. Solo se aplican a Dios porque Dios es el único que

tiene misericordia. Los humanos somos capaces de compasión y, la mayor parte de las veces, de lastima. Solo Dios es misericordioso, pero nos ofrece su Vida.

Y la misericordia reúne tres cosas que son verdad, justicia y perdón. Articular verdad, justicia y perdón solo es posible si Dios nos lo concede. La misericordia pide anuncio de la verdad y por tanto denuncia de las mentiras; la misericordia pide lucha por la justicia, y por tanto denuncia de las injusticias; y la novedad, para ir más allá del enemigo, para transformar al enemigo en amigo, es que todo eso está abrazado por el perdón, la ternura y la cultura del encuentro.

Cuando habla de la misericordia, de la ternura, de la cultura del encuentro, Francisco usa palabras duras frente al capitalismo que mata, la economía del descarte; palabras duras ante la mundanidad espiritual de los clérigos, ante el clericalismo, ante la realidad de los abusos; palabras duras que no están reñidas con la misericordia, sino al contrario, que hacen que brote la misericordia. ●

Los economistas deben encarnarse en la vida de los pobres



«...para que los mismos pobres se conviertan en los protagonistas del cambio... para tener los ojos de los pobres y de las víctimas hay que conocerlos, hay que ser sus amigos... créanme, si se hacen amigos de los pobres, si comparten su vida, también compartirán algo del Reino de Dios, porque Jesús dijo que de ellos es el Reino de los cielos, y por esto son bienaventurados. Y lo repito: que sus elecciones cotidianas no produzcan descartes»

Papa Francisco a los jóvenes economistas católicos
reunidos en Asís del 26 al 28 de septiembre de 2022